

## Resumen

Los desesperos de modernidad, que no son pocos, corresponden a las deudas heredadas de una época que se niega a desaparecer, a una época que porfía en quedarse; a tal efecto, preguntarle a la modernidad por sus logros, por sus fracasos, por sus fragmentaciones, por las precariedades, por las promesas que vendió y las nostalgias que dejó, por sus miedos de relevo y lugares de migración, es lanzarle una flecha a la manzana, donde el ballestero no es Guillermo Tell, pero el blanco sí podría ser la humanidad.

Los desesperos de la modernidad son los males cultivados durante varios siglos que han desatado un desencanto, arrastrando un pesimismo por su historia, por lo que pueda devenir para la humanidad o para el universo en general. Sin lugar a dudas, en la modernidad se avanzó en desarrollos tecnológicos, en algunos derechos del hombre, en conocimientos sobre el universo, en adelantos médicos, en habilidades para controlar, pero también se especializaron los métodos para asesinar, se incorporaron nuevos elementos para atizar el odio y pocas fórmulas para vivir la felicidad o para estar con el otro; ahí reside el desespero.

La levedad del Ser como inconsistencia de la existencia es lo que aflora en la modernidad, una época donde el hombre aprendió a ser exitoso a expensas de la dicha, queriendo deificarse en sí se tornó menos humano, quizá, menos inteligente para vivir, pero más técnico, más científico para odiar y, por consiguiente, para destruir.

### Palabras clave

Control, desencanto, desespero, falocracia, modernidad, pesimismo, violencia.

## Abstract

The despair of modernity, which are not few, relate to debts inherited from an epoch that refuses to disappear, a time that stubbornness in staying; for this purpose, ask modernity for its achievements, its failures, its fragmentation, of the precariousness, by promises nostalgias sold and left for their fears over and places of migration, is throwing an arrow at the apple, where William Tell is not the archer, but the target if it could be humanity.

The despair of the evils of modernity are cultivated for several centuries that have unleashed a disappointment, pessimism dragging its history, so it can become for humanity or the universe in general. Undoubtedly, in modernity, progress was made in technological developments, some rights of man, knowledge of the universe, medical advances in management skills, but also specialized methods to murder, were added new elements to stoke hatred and few ways to experience the happiness or to be with the other, there lies the frustration.

The lightness of being as there is inconsistency in what emerges in modernity, a time when man learned to be successful at the expense of happiness, trying to deify itself became less human, perhaps, less intelligent to live, but more technical, more scientific to hate, and for consequent, to destroy.

### Key words

Control, hopelessness, despair, falocracia, modernity, pessimism, violence.

# Desesperos de modernidad

## Despair of modernity

(Recibido: agosto 26 de 2010. Aprobado: octubre 6 de 2010)

MIGUEL ALBERTO GONZÁLEZ GONZÁLEZ\*

### Desencanto

El desencanto son los primeros anuncios de que lo existente ya no resuelve las necesidades, por lo tanto, el desencanto es una exigencia por un devenir diferente que añora romper con aquello que en el presente incomoda y no lo queremos en el futuro; quizás, por ello, es que este pensador argentino, autor del texto *Desencanto y Utopía*, donde insiste en la desilusión y el desencanto por unos tiempos que no parecen augurar rutas de esperanza. Es una queja contra los tiempos agendados o agenciados por el afuera, por un tiempo cronológico que nos venden las empresas del mercado y del cual existe cierto hábito de aceptación, en esencia, son unos tiempos precarios de humanidad.

En su opuesto navega el encanto, que es un arrobamiento de los sentidos y, cómo no, de la razón. Encantar tiene su origen en el latín *incantare* que es la recitación de un canto mágico; ese canto mágico que puede ser un poema u otro juego lingüístico. El encantamiento apareció en mitos y religiones; es un amor sin desviar miradas, es un creer con ceguera en aquello que se profesa o se disfruta, el encantamiento es una fuerza opresora del afuera que obnubila. Una flor encanta, un rayo de luz o la caricia de aquel ser querido nos puede retraer, ahí los sentidos enfilan su atención en una dirección; pero cuando se hace un extravío de la mirada, de la escucha, del olfato, del gusto o del tacto, entonces pueden asomar los desencantos que luego se van fortaleciendo con argumentos o juegos de la razón.

Hay desencanto porque hay cierta perversidad en el ser humano, porque los elaborados discursos en lugar de liberar oprimen, porque el hombre aprendió a ser cicatero y bastante desleal, cicatero para con la paz, para con la igualdad y desleal no sólo con el amigo, sino que muchas veces consigo mismo. El desencanto por la modernidad es visible

\* Director Maestrías del programa de Educación de la Facultad de Ciencias sociales y Humanas, Universidad de Manizales. Director Revista Plumilla Educativa Universidad de Manizales. Docente e Integrante equipo de investigación Maestría Universidad de Manizales. Licenciado en filosofía y letras. Magister en Educación-Docencia. Doctorante en Conocimiento y Cultura Latinoamericana-IPECAL-México. Doctorante en Ciencias de la Educación Universidad Tecnológica de Pereira.  
Correo: mgcaronte@hotmail.com miguelg@umanizales.edu.co

cuando se hace una mirada a los Derechos Humanos, a la trata de personas, a la pobreza, al tráfico de armas, a la venta de estupefacientes y a la comercialización de especies silvestres. Esto nos muestra que el ser humano, aún el que ha pasado por las academias, tuvo y tiene cierta perversidad o ansias de destrucción que la modernidad, con su avisada educación, no logró resolver.

La modernidad como opción crítica o como destrucción creadora parodiando a Touraine, pasa a convertirse en racionalidad, en instrumentación, sin que la crítica la afecte, por consecuencia, se hizo inmune, sorda a las quejas y ciega a las evidencias, tal vez, ajusticiadora sin ser justa. Es evidente que el desencanto de la sociedad, cada vez mayor, forza la necesidad de emigrar a otro movimiento, a otro espacio y, con alguna ambición, a otra época.

## Pesimismo

Sobre el pesimismo se han redactado manuales completos, el apocalipsis es un libro poco optimista por la humanidad, o mejor, por aquellos que, aducen, estar siendo intérpretes del creador del universo, es sí un libro afortunado para mantener un dogma a base de meter miedo; el dogma de la salvación se hace ver implacable, el final de los tiempos serán terribles para quienes no se ajusten al credo religioso. No son escasos los textos que, plenos de pesimismo, han hecho a sus escritores unas auténticas figuras de los medios de información. En la política moderna, primero se muestra un panorama desolador y luego se presenta todo un programa para afrontarlo, aprendieron la lección de asustar para vender; es claro, el pesimismo es un negocio rentable, por ello las compañías de seguro y otros engendros que se presentan como salvadores frente al panorama de riesgos que pueden acaecer.

Pesimismo viene de pésimo y éste del latín *pessimus* que traduce malo o que no puede ser peor; es el estado final de lo que en sí no tiene término medio; así las cosas para un pesimista si es posible que todo vaya de peor en peor. Se pueden hacer algunas distinciones que elaboradas desde la academia o desde la vida cotidiana entregan interesantes apuestas por lo que el pesimismo describe o convoca. Un pesimista es un sujeto que lee el futuro. En todo pesimista duerme la esperanza. Ser pesimista es no dejarse atrapar por cantos de sirena. Ser pesimista es romper los esquemas de la modernidad. El pesimista es el polo a tierra del idealista. Pesimista es un optimista realista. El pesimista es un optimista bien informado. El pesimista es un optimista que se cansó de serlo. El pesimista es un optimista experimentado. El pesimismo nace del miedo a la alegría. El pesimismo son las sábanas de la humanidad. Cuando se cree que las cosas van bien es porque algo se ha olvidado, dice el pesimista. No tome tan en serio la vida, no es perma-

nente, aclara un pesimista. El optimista tiene un proyecto, el pesimista una excusa. El optimista cree en los demás, el pesimista sólo en sí mismo. El optimista es parte de la respuesta, el pesimista es parte del problema. El optimista ve luz en la oscuridad, el pesimista oscuridad en la luz. El pesimista cree en los buenos gobiernos de los gobernantes malos. Un pesimista es un sujeto que dejó de ser inocente.

Pesimismo u optimismo son estados de ánimo, pero las épocas están impregnadas de estados de ánimo, incluso, la historia es relatada según las motivaciones y las animosidades que se tengan; pero los triunfos de la modernidad son más bien pocos, su estado de ánimo viene a menos, está agotado. Explica (Touraine, 1994, 93) "La fuerza liberadora de la modernidad se agota a medida que ésta triunfa. Apelar a la luz puede conmover cuando el mundo está sumido en la oscuridad de la ignorancia, en el aislamiento y en la esclavitud". La luz como sinónimo de razón, de imagen divina o de salida, cada vez va perdiendo más credibilidad. ¿Es el pesimismo luz? De serlo, sólo conmueve, pero queda fuera de la liberación. Una exasperación de la modernidad es que su fuerza liberadora se agotó, las estéticas que proponía fueron inferiores a las tecnologías del desplazamiento, a las tecnologías de las palabras con que se propusieron; lo espantoso es que le falta gallardía para reconocerlo, por ello le preocupa el nacimiento de otra época cuya energía de emancipación también tendrá su punto final; el neoscurantismo extiende sus sombras, expele sus aromas, sonidos e imágenes que la modernidad no sabe afrontar. ¿Son inevitables los ciclos —nacer, extender y fenecer— en las épocas? En biología la respuesta puede ser consecuente con la pregunta, desde el Kairós o tiempo múltiple otras objeciones nos visitarían. Para los presocráticos el tiempo no era lineal o cronológico, era simplemente plural, abierto, diacrónico y sorprendente; lo componía el chrónos que dictaban los almanaques y relojes, el aión o tiempo psicológico y el kairós o tiempo oportuno, tiempo del hombre; el no ser oportuno era akairós que no implicaba un abandono del chrónos. El tiempo, que en algún momento de la humanidad fue considerado múltiple, de pronto, se convirtió en un transcurrir lineal, se personalizó en la crónica, dejó de ser sorprendente, se simplificó para su comprensión, pero ello expropió al hombre de la riqueza para habitar, para comprender el tiempo y, tal vez, para vivir.

## Control

A ratos perdidos, la modernidad sólo se comprendió en el control, aquello que representara incertidumbre, inseguridad, desorden, caos o complejidad fue para el hombre moderno un auténtico problema; el lema de Comte "Conocer para predecir y predecir para controlar" sintetiza mejor que nada los sueños y el hambre de la modernidad.

Gracias a Comte, no es el único, la ciencia social enseñó que el conocimiento es útil porque permite controlar, ejercer un dominio y, tal vez peor, ser universal en sus restricciones. Aún en pleno siglo XXI se habla de que tiene el poder, o sea el control, quien tiene el conocimiento.

La religión, sin ser ciencia, se consolidó como sistema de control, de ella más que de cualquier otra teoría aprendieron las instituciones que se fueron forjando en los últimos lustros. Aquel señor o dios que todo lo veía y vigilaba, posible invento de las religiones, pasó en versión mejorada a los sistemas sociales, -recordar el panóptico de Bentham, lugares de encierro diseñados para la vigilancia y control-. Aquel ojo dominante de dominio y control, de los dioses pasó a reyes o monarcas y luego se positivó en las constituciones como sistemas que todo lo podían controlar en nombre del soberano: el pueblo.

Ni se discute que en el pososcurantismo aprendimos a vigilarnos los unos a los otros con una autoridad de mutua desconfianza; sin embargo, no contentos con ello, se fortalecieron instituciones de vigilancia como los militares, las policías, los sistemas financieros, los sistemas de comunicaciones, los sistemas educativos, las notarías, los hospitales, los cementerios, las registradurías o incluso centros comerciales; todos ellos y, según sean las circunstancias, se comparten información; sin excepción, interesa tener mayor conocimiento del estudiante, del prestamista, del usuario de un equipo de comunicación o del futuro comprador, para así vigilarlo, controlarlo para después venderle su propia miseria. Esos son los rezagos que esta modernidad en decadencia fortalece, sus desesperos saltan cuando no hay suficiente información de un sujeto, las alarmas se disparan y hasta de terroristas son tratados; el secreto es que nadie tenga secretos; el truco es que quien vigila es vigilado.

### La ciudad

La ciudad constituyó una forma moderna de libertad, pero también de control, ahí, pese a un desorden dentro del orden, es donde mejor se establecen formas de autonomía de los ciudadanos. Nos indicó (Ezra, 1999, 21) "Nadie duda de que la gran ciudad es un espacio de anonimato y de desarraigados: pero también, y quizá por eso, de libertad y de cosmopolitismo". La ciudad, es donde mejor se expresa la época moderna por la capacidad de concentración humana y, quizás, por ser el lugar predilecto para visualizar las transformaciones sociales; con voluntad o sin ella, a las urbes les subyacen unos desesperos de sus letargos y una enorme incertidumbre del porvenir; es visible la dificultad, cada vez mayor, de lograrse algunos controles sobre los ciudadanos; esa falta de control es lo que menos le agrada a la modernidad, puesto que su máximo esplendor ha rondado en el control, en la

vigilancia, en el dominio y, cuando no, en el sometimiento, resulta que para su mala gana, la ciudad se le escapa a ese cerco.

De las éticas, estéticas, políticas y ciencias es la ciudad un buen espacio de expresión, incluso, esclarece Ezra al indicar que la ciudad no sólo exhibe un orden natural y espacial característico sino también un nuevo orden moral. Se puede deducir que ese orden moral cada vez es más plástico, menos previsible, por lo tanto, esos cambios que siempre convulsionan a los grupos sociales ya no son sólo desasosiegos sino que pasan a ser gritos de modernidad, gritos de incapacidad para predecir lo que en moral, estética, política o ciencia devendrá.

## Desesperos

El desespero como estado anímico es alimentado por múltiples presencias externas e internas, pero que dan cuenta de una dificultad cuyo horizonte de resolución no es claro. Los psicólogos saben que el desespero es un desajuste de emotividad que puede alterar la toma de decisiones. Recordemos que desespero viene del latín *desesperar* que es una pérdida de esperanza y la esperanza es una categoría de tiempo, en la esperanza esperamos, por lo cual si alguien entra en desespero es porque la esperanza no está a la vista o la oferta de horizonte es casi impracticable, no se intuye un tiempo mejor.

En las sociedades actuales se encuentran unos desesperos, unos gritos sintetizados en la imposibilidad de dar respuestas al drama de estar juntos, al dramatismo de la promesa incumplida.

**Soledad del sujeto.** Parece que la progresión es inversa, mientras más población mayor soledad del sujeto. Se estimula la acción social al cabo que se suprime la subjetividad en una especie de sujeto colectivo que tampoco alcanza a representar al ser, cada vez somos más individuos que sujetos expresa la psicología social. Un recelo epocal es que ni se consolidó el sujeto ni la sociedad se cohesionó en la idea, no tan ingenua ni desinteresada, de progreso, el mito no cohesionó.

**Prosperidad del mercado.** Una exagerada prosperidad de los capitales siguió polarizando a las comunidades, entre mayor dinero y flujo de capitales mayor número de pobres, a mayor riqueza, más abandono social. Más dinero no implica mayor felicidad. Esos desajustes no los resolvió la modernidad.

**Repudio a lo antiguo.** Una ciega creencia en el futuro que, en el fondo, lo niega; un ausentismo de presente y un repudio a lo antiguo, termina definiendo al sujeto como un ser en el tiempo, pero sin ubicación temporal, sin tiempo y sin historia; pese a estar

dentro del tiempo ya no sabe estar en el tiempo en unas forzadas evasiones de realidad temporal o de la llamada cuarta dimensión. Recordemos que a las tres dimensiones espaciales, largo, ancho y profundo le emerge una cuarta dimensión venida desde la física, que es la temporal. El repudio a lo antiguo es una pereza a la historia, quizá, un sueño por un futuro que no se parezca a su pasado.

**Abandono religioso.** Es peligroso abordar el tema, pero el abandono religioso ha significado para el grueso de la sociedad que, sin elementos académicos para soportar su existencia, decide tener un dios, pero no una religión; una extraña relación de dependencia metafísica sin intervención del reino físico. Aún no sabemos qué sociedad se gestará, pero uno de los desesperos de la modernidad es que la sociedad no ha logrado desprenderse de los dioses, pero sí bastante de las religiones. A las religiones, pero ante todo a los cristianos, les puede servir de reflexión la pintura de Velásquez (Unamuno 1985, 73) "El Cristo de Velásquez está siempre muriéndose sin morir nunca". La religión muere sin morir nunca porque para ello está la ciencia que acude a su relevo; aunque se podría aplicar lo que grafica Tertuliano, y *sepultado resucitó: es cierto porque es imposible*. Entonces, acá a las religiones les cabe la misma posibilidad, el abandono se está dando, y la certeza de esto se establece por su aparente imposibilidad. Un punto de acercamiento lo resalta Chhaya al escribir que "La ciencia y la religión convergen de muchas maneras. Sólo tenemos que buscar los puntos en común". El eje entre religión y ciencia es la lucha por la verdad, una pugna por la idea de universalidad y por la necesidad de control; pero al cabo que las religiones pierden espacio, la ciencia, en singular, se va apoderando de verdades que antes eran exclusivas de la religión o de la especulación filosófica; otra suerte de religión aunque sin dios.

**Promesas incumplidas.** La alfarería de la palabra o la orfebrería del lenguaje no lograron resolver el exceso de promesas que dieron paso a las metafísicas de la violencia. Políticos, estadistas, economistas, religiosos, educadores e ingenieros de la tecnología prometieron una sociedad más feliz y menos dramática, pero sus logros no parecen ser significativos o si lo son no siempre apuntan a resolver las precariedades sociales. Algunos datos nos suministra Honneth con su texto *Patologías de la razón*, al indicar como la teoría crítica ha enjuiciado a la razón, Horkheimer que habla de la organización irracional de la sociedad, Adorno del mundo administrado, Marcuse de la sociedad unidimensional o tolerancia represiva y Habermas de la colonización del mundo de la vida social. Es indudable que ese enjuiciamiento a la razón que hacen estos pensadores alertan sobre una de las grandes apuestas de la modernidad, le recriminan las promesas de libertad y de progreso infinito que se vendieron, pero que, a la postre, desencadenaron en más acciones de control y de

colonización social, quedando así el ofrecimiento de ir para lo mejor como una falacia más de la razón.

**Despedida del sujeto.** A la idea de un sujeto autónomo le aparecen sombras, su despedida temprana, un relevo venido de la ciencia positiva, de la política y de las clases económicas dominantes que al no ver sujetos sino objetos empezaron a despedir la posibilidad de una humanidad humanizada para fortalecer la idea de un individuo aislado y temeroso del otro e incluso de sí, un individuo que siendo indiviso se deshumaniza.

**Sospecha de la verdad.** Hay verdades que mueren con el ocaso del sol, mueren en su idea de universalidad (Nietzsche 2004, 191) "Esta voluntad incondicionada de verdad: ¿qué es? ¿Es la voluntad de no dejarse engañar? ¿Es la voluntad de no engañar?". Sin lugar a dudas, estos cuestionamientos son los que mejor resuelven, sin resolver nada; la edad media poco sospechó de la verdad que promovían las religiones o los imperios, pero la modernidad, hija de un pasado indigno a decir de muchos historiadores -discusión que aún no se cierra-, rapó para sí la verdad de la religión y se la entregó a la ciencia. En este neoscurantismo se sospecha de toda verdad, para seguir buscando verdades.

**Descreimiento de lo que convoca el concepto patria.** El convencimiento de que las banderas, himnos y escudos eran emblemas suficientes para movilizar un país entero pasó a ser un espejismo; incluso, en los últimos decenios del siglo XX y lo que va del XXI para ir a la guerra se deben cancelar salarios a los soldados que, a veces, supera a los de muchas otras profesiones. Citando a Durell en Baltazar, nos recuerda (Escobar 2000, 5) "Es obligación de todo patriota odiar a su país de una manera creadora". Descreer de la patria, llegar a odiarla para no ir a guerras innecesarias podría ser la estocada final a los rezagos de una época que en su desgarró aún se niega a ser relevada. Enfrentamos un falso nacionalismo con la aparición de justicieros universales que quieren resolver las crisis políticas o religiosas de otros territorios a través de las armas.

**La justicia perdida.** Si deudas posee la modernidad, bastante tiene con la justicia; varias razones apoyan el concepto, uno, la universalidad se consolidó como proyecto de humanidad, se establecieron Facultades de Derecho, de Educación, de Filosofía, de Antropología, de Sociología y otras que, en algún sentido, tienen que ver con la justicia, pero la justicia siguió perdida y, a veces, más perdida en la modernidad que en otras épocas; dos, la idea de los Derechos Humanos se trasladaron a las diferentes constituciones y normatividades internas, pero la justicia siguió dando palos de ciego a la violentación de los Derechos del Hombre; tres, aumentaron los flujos de capitales, pero los pobres siguieron en la miseria; cuatro, las



normas se fueron ajustando a los intereses y poderes del momento, eso ha dejado al sistema de justicia huérfano, casi desdentado frente a los grandes poderes político-económicos; cinco, la criminalidad aprendió a burlarse de la justicia, tal vez, por problemas de eficiencia del personal jurisdiccional, impunidad, prevaricato y la denegación de justicia; ahora, como consecuencia de ello, mucha gente decidió y decide hacer justicia por mano propia.

Por lo tanto, estas ansiedades o desesperos de modernidad que no son las únicas y aún, sin ser un pesimista, podrán devenir otros despojos que continuarían dando espacio al cadáver insepulto de la modernidad: el engaño, se le pueden adosar cierta desesperanza por la vida útil del planeta.

Desde luego que al notarse que el sistema solar no es eterno ni el único, al hombre le podría aquejar un desespero, desespero que también afectó a la modernidad, a la cual le subyace un recelo de universalidad e incluso de eternidad que deja ver sus rastros en las filosofías y en las religiones (Cassirer 1967, 18) "El hombre propende siempre a considerar el estrecho horizonte en el que vive como el centro del universo y a convertir su vida particular y privada en pauta del universo; pero tiene que renunciar a esta vana pretensión, a esta mezquina y provinciana manera de pensar y juzgar". La pretensión de que nuestros actos son universales o globales, pero que debemos luchar contra la globalización es un contrasentido sin resolver, quizás, el más desesperado de los gritos de la madre de la posmodernidad es que aún quiere insistir en su universalidad.

La modernidad ha sufrido varias clasificaciones o denominaciones que son desesperos por comprenderla, por describirla y por visionar lo que ha de continuar. Modernidad industrial, modernidad reflexiva o del riesgo; modernidad líquida, modernidad epistémico compleja, globalización, posmodernidad, descentrada modernidad, modernidad periférica, subalternidad o poscolianailidad en Latinoamérica son apenas unos rasgos de lo que dicha época encierra, pero que no necesariamente la describe; quizá, su rostro, su faceta, su semblante o su espíritu aún no se ha podido comprender. Más dramático se torna cuando Latour expone que nunca fuimos modernos, que no hemos hecho una ruptura del tiempo o de los acontecimientos como para hablar de modernidad. (Latour 2007, 27) "La modernidad tiene tantos sentidos como pensadores o periodistas hay... moderno, por lo tanto, es asimétrico dos veces: designa un quiebre en el pasaje regular del tiempo, y un combate en el que hay vencedores y vencidos". Es clara la deuda por tratar de comprender la modernidad, su momento de ruptura, si es que lo tuvo y la idea religioso-militar de ganadores y perdedores. Entonces, si no hay modernidad, ¿De qué desesperos se puede escribir? A lo mejor, del desespero de no reconocerse en su falsa designación lingüística y en la desmesura del lenguaje.

## Falocracia

El predominio del hombre sobre la mujer, la tiranía que sobre ella se ha ejercido en la historia de la humanidad constituye otro desespero del pososcurantismo, herencia religiosa sin superar. Hay una especie de crisis en dichas relaciones de género, una lucha que apenas se va consolidando, donde la mujer reclama su lugar, y cuando no lo extrae de las garras del hombre, esas exigencias vienen causando sentidos comentarios o incluso acciones de fuerza. La caída de la falocracia y el ascenso de la ginecocracia corresponde a los más sonados gritos de la modernidad tardía que van pareciendo de posmodernidad, aunque hay ejemplos de ginecocracia en sociedades primitivas las connotaciones de este ascenso de la mujer en el tercer milenio adquiere otros sentidos.

Unos movimientos feministas a mediados del siglo XX, pero que también sucedieron en siglos anteriores, van teniendo potencia y forma en pleno siglo XXI. Las mujeres del tercer y primer mundo, — de países desarrollados y países emergentes—, sí que han padecido esa estratificación; por suerte, vienen levantando sus figuras para decirle al hombre no con palabras sino con hechos que el relevo del macho en su papel protagónico en la tierra va siendo una realidad, auspiciado por la precariedad machista de comprender el mundo; es como si se hubiese agotado el discurso y la acción de la falocracia que va siendo otro desespero de una época que se revuelve en sus entrañas.

En la mujer descansa la humanidad, devenimos humanidad posible por la mujer; esto lo acepta la falocracia en poemas, canciones, pinturas u otras manifestaciones, pero en la vida cotidiana el "macho" de la modernidad ha creído que sobre él descansa la humanidad y que el futuro sólo depende de sus despliegues de fuerza. El gran desengaño de la modernidad es que la falocracia entró en crisis y podríamos estar ingresando a la ginecocracia, una forma de poder que aún no comprendemos ni intuimos qué nos deparará.

La mujer ha de saber que elegir, que adoptar una ruta propia demanda un romper consigo misma, con la tradición religiosa, política, económica, ambiental y educativa. Mientras tanto y, siglos han corrido, las derrotas si vienen siendo compartidas, cuándo no, descargadas en la mujer. A despecho de los rapsodas hemos relegado la imborrable definición de Unamuno: *El universo es la mujer*. A veces, por las prédicas excluyentes, parece que las expresiones para resaltar a la mujer sólo obedecen a intereses sexuales; la deuda con la mujer no fue saldada en la modernidad, pero ella deberá ser consciente que elegir su propio destino es un riesgo.

## La libertad

La arquitectura de la razón parece distanciarse de la arquitectónica de la emoción cuando de abordar la libertad se trata. De cualquier forma, la libertad como tema central de la humanidad circuló en libros antiguos, en tonadas populares, en poemas sueltos, existen elaborados párrafos en documentos sagrados, así los denominan e incluso en textos profanos también se le rindió y rinde culto a la libertad, tal vez, más a la palabra que a la concreción. La discusión central es comprender cuándo la libertad de ser fin pasó a convertirse en un ramplón medio. Amartya Sen centra sus estudios desde la libertad, por eso quiere resolver la dicotomía al tratarla como medio y fin, es decir si el fin es la libertad, el medio es ella misma. Designa que cualquier desarrollo debe partir de la libertad, establece (Sen 2000, 19) "El desarrollo exige la eliminación de las principales fuentes de privación de la libertad: la pobreza, la tiranía, la escases de oportunidades económicas y las privaciones sociales sistemáticas, el abandono en que pueden encontrarse los servicios públicos y la intolerancia...". Revisando sus razonamientos, por idealistas que parezcan, es cierto que superan el concepto de visión para tornarse en una necesidad de que la libertad va tomando camino cuando se empiecen a superar las opresiones económicas y, resuelto esto, agregaríamos aquí, aprender a liberarse de las prisiones culturales, científicas, políticas, educativas y psicológicas.

Sen, premio Nobel de economía, define como tipos de libertad los siguientes tópicos: la libertad política, las oportunidades sociales, la seguridad protectora, las garantías de transparencia y los servicios económicos. De la misma suerte encuentra lo que no es libertad, lo que constriñe la emancipación, así: la pobreza, la tiranía, la escasez de oportunidades, las privaciones sociales sistemáticas, el abandono de servicios públicos, la intolerancia y la excesiva intervención de los estados represivos. A ojo de buen cubero se resuelve que si los restrictores de la libertad son reventados en mil pedazos y suplidos por sus opuestos, cualquier sociedad encontrará un verdadero desarrollo humano, pues la funcionalidad de la propuesta es que no sólo se centra en lo económico, le otorga responsabilidad a la práctica de la solidaridad; también es discutible cualquier resolución dualista porque podría ser una insistencia ilusa de ofrecer más de lo mismo.

El hecho de que la libertad no se haya consolidado o siquiera implementado en algunas comunidades, deja asomar otro desespero de modernidad que se traduce en exaspero o deuda de humanidad. Seguridad y libertad no parecen compatibles; luego del derrumbamiento del mito de occidente con la caída de las Torres Gemelas en el 2001, la sociedad prefiere seguridad así la libertad se restrinja. Indica Vommaro que las fuerzas de seguridad tradicionales se muestran incapaces de dar respuesta a las demandas de seguridad de los espacios priva-

dos de acceso público. Se podría agregar que las fuerzas de seguridad al no ser idóneas para garantizar la seguridad, limitan la libertad, sin que ello garantice tranquilidad.

De manera que la libertad se encuentra más amenazada por la seguridad que por el terrorismo, y a este empobrecimiento de la libertad la justicia luce ineficiente o, tal vez, sorda por conveniencia propia y para así beneficiar a quienes imponen el orden por sobre la libertad.

## La posmodernidad

Frente a la poca vitalidad de la modernidad, a su aparente ocaso, se anuncian otras épocas, unos la llaman posmodernidad, otros modernidad líquida o modernidad alta-tardía, sociedad del riesgo, capitalismo tardío o cognitivo, en sociología se le conoce como posmaterialismo o, tal vez, pasó del oscurantismo al pososcurantismo y al neoscurantismo. El movimiento del posmodernismo ha encontrado mayor riqueza conceptual y estructural en las manifestaciones estéticas. ¿Cuáles son las libertades de la posmodernidad? Algunos exponen que no hay libertad, sino estados de la misma; otros discuten que es una elaboración químico-eléctrica del cerebro. La disyuntiva existencial que aún no superamos es lo oscuro de lo moderno. La libertad de la posmodernidad está por establecerse, quizás por redescubrirse o reconquistarse: se eligió seguridad para sacrificar dignidad y, por consiguiente, libertad. La libertad de la posmodernidad es que ni siquiera cree en sí misma.

Hay un debate sobre lo justo, la libertad y la verdad que se viene dando por capas, unas tensiones que se registran entre las comunidades académicas y en el denominado **pueblo**. Argumenta (Lyotard 1987, 21):

“El pueblo está en debate consigo mismo acerca de lo que es justo e injusto de la misma manera que la comunidad de ilustrados sobre lo que es verdadero y falso; acumula las leyes civiles como acumula las leyes científicas; perfecciona las reglas de su consenso por disposiciones constitucionales cuando las revisa a la luz de sus conocimientos produciendo nuevos **paradigmas**”.

La acumulación como principio básico de la economía y tal vez de la educación, así fuese denunciada en la educación bancaria, puso a la modernidad en desesperos, en serios aprietos consigo misma; aunque para ser consecuente los pensadores de la posmodernidad aún no intuyen lo que devendrá de esa fractura, de ese cambio radical que enfrenta las lógicas de acumulación. No estaría tan seguro como lo sugiere Lyotard de que el pueblo no quiere acumulación ni universalidad, tal vez, no es falta de deseo, sino de poder, y esa es una discusión de posibilidades; ahora, como para ayudar al desconcierto, ni siquiera hemos caracterizado cómo se identifica el pueblo; sin embargo para

algunos, pueblo es un símbolo para congregar, para otros es un conglomerado amorfo, disperso, y así entre clasificaciones o descalificaciones no podemos saber qué es pueblo aunque todos lo seamos.

Ser posmoderno es no creer en la modernidad, abandonar aires que todo viene de afuera, asumir su propio mundo, no querer ser controlado ni controlar, no creer ni necesitar en extremo a los dioses, descartar el orden como única salida para abordar el conocimiento, no creer en los grandes líderes, al igual que no precisar de grandes metarrelatos, el querer sacudirse del utilitarismo y de la encerrona del lenguaje. La posmodernidad es una manifestación del cansancio, de la angustia por lo dado y lo por venir. Desde este ángulo, hay múltiples cansancios éticos, políticos, económicos que el régimen de la queja no resolvió; el imperio del azar no fue controlado como lo ofreció la modernidad; de un esperar lo posible sin que lo imposible tuviese un lugar claro, terminó por destrozarse las esperanzas.

Las esperanzas destrozadas en la modernidad por el auge de la novedad le seducen o, mejor, le preocupan a (Vattimo 1987, 146) "Si la modernidad se define como la época de la superación, de la novedad que envejece y es sustituida inmediatamente por una novedad más nueva, en un movimiento incesante que desalienta toda creatividad al mismo tiempo que la exige y la impone como única forma de vida... si ello es así, entonces no se podrá salir de la modernidad pensando en superarla". El exaspero que advierte Vattimo, máximo exponente del pensamiento débil, es el relevo de lo nuevo o su prematuro envejecimiento como una de las grandes apuestas de la modernidad que establecieron un modo de vida. Ese relevo es una suerte de violencia real y simbólica que la modernidad no logró resolver.

Si bien es cierto que a menos palabras mayor es la violencia simbólica, ni siquiera los científicos de la educación o los artesanos de la palabra que son los literatos lograron encontrar salidas viables; de conocimientos fijos, se pasaron a los emergentes y luego a los urgentes. La posmodernidad sueña con abandonar lo que sujeta al sujeto en una extraña libertad anárquica, en un arte de liberación.

En el arte se centraron numerosas esperanzas, fallidas muchas porque se creyó que allí se salvaría lo que ni en sí mismo es salvación. Algunos, al no ver los resultados soñados, anunciaron la muerte del arte, olvidándose como lo cita (Arundel 1965, 13) "El arte formó parte de la vida misma desde sus comienzos, vinculando estrechamente la magia, la ciencia, el trabajo y la religión". Aun en la posmodernidad el arte ofrece posibilidades, así como la magia, la ciencia, el trabajo y la religión siguen siendo fuente de esperanza para muchos.

Esto nos conduce a una discusión que merece su propio espacio, sin acudir a violencia lingüística, es de resaltar que en lo móvil del arte

subsiste cierto temor no superado, ya que el contenido aún no sabe como salvarse de la transitoriedad o de la perseguida eternidad. El caso es que la disputa por el agotamiento del arte continúa interesando a los posmodernos, puesto que en la estética se cifran esperanzas para que la humanidad, de cuando en vez, retome el sendero del goce artístico, de la creación que se abre a lo múltiple a lo indeterminado.

## La violencia

La historia de la humanidad parece haberse tejido más desde la violencia que desde el mismo amor; incluso, aseveran algunos estudiosos de la tecnología que los grandes avances técnicos se deben a los ciclos de violencia que requieren ser reconstruidos, investigados y afrontados; por así decirlo, hay una inteligencia en la violencia que despierta al hombre, que lo obliga a ser ingenioso.

Para América Latina se consagra en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) que para un desarrollo se requiere erradicar el hambre y la pobreza extrema, lograr la matrícula primaria universal, promover la igualdad de géneros, reducir las tasas de mortalidad infantil, luchar contra el VIH, el paludismo y asegurar la viabilidad medioambiental. Sin menoscabo de la duda, son unos propósitos valerosos, que por supuesto se alejan de meras probabilidades económicas, es decir, no sólo centran el desarrollo humano bajo la lupa del dinero sino que transversalizan una serie de aspectos que antes no se tuvieron en cuenta. Para reducir las violencias se piensa en privilegiar una educación para la paz, una educación para las víctimas, una educación para la convivencia y una educación para la inclusión. Se sugiere evitar todas las formas segregacionistas y de injusticia social tan clamada, pero tan poco practicada como la cobertura de salud, el fortalecimiento de los mecanismos de protección social, la adopción de programas de salud alimentaria, de vivienda, de seguridad ciudadana y el contrarrestar cualquier forma de exclusión social.

Lo anterior corrobora, una vez más, que la palabra o que la norma no convoca y que puede tornarse tan violenta como cualquier arenga religiosa o guerrerista. Es necesario que a la modernidad se le pregunte por sus fracasos, porque de los supuestos avances, presidentes, militares, religiosos e intelectuales han sabido aprovecharse.

## Los Derechos Humanos

La modernidad tiene un desespero de abuso de humanidad, de no respeto por los Derechos Humanos, sino es así ¿Cómo se explican tantas

guerras, tantas masacres? La ambición, la incomodidad de estar juntos, la poca tolerancia, la beligerancia de unos y la apatía de otros son probables respuestas que nada de despreciables tienen.

Hay unas actividades humanas que de listarse con buen rigor se requieren varios libros, o incluso tratados. Trata de personas. Tráfico de especies. Inasistencia estatal. Intimidación multidirigida. Violencia a la intimidad. Uso de armas de destrucción masiva. Desapariciones étnicas. Discriminaciones religiosas, económicas o educativas. Este pequeño muestrario hace ruido por sí sólo, no precisa de mucho lenguaje o de exuberantes tablados para saberse que la modernidad no los suplió.

Conforme aparecen documentos sobre la violación a los Derechos Humanos, menos esperanzas de reconfigurarnos se despiertan en el horizonte. Para resumir, si es siquiera ético escribirlo, el gran agobio de la modernidad es que nos hicimos más violentos en la medida que fuimos mejor educados; para dolor de época aprendimos a refinar los métodos de extinción y desaparición; aprendimos a maquillar las violaciones, a darles nombres curiosos y hasta contagiosos como falsos positivos o fuego amigo.

## La legítima defensa

Otra de las grandes caídas del pososcurantismo se registra en la expresión *defensa* que sirvió para decidir el futuro humano. Se aprendió a defender el patrimonio, los ideales, la patria, el conocimiento, la inmortalidad, la verdad, la ética universal e incluso la pertinencia de una guerra; en dicho período fue cuando mejor se aplicó el concepto de protección. En nombre de la defensa es que los Estados, de mano de los militares, consolidaron unos poderes expansionistas para justificar cualquier acción en contra de otro país o de su misma comunidad.

Por si lo anterior fuera insuficiente, se cargó la expresión poniéndole **legítima** para dejarla más plausible: **legítima defensa**, la cual fue acogida por constituciones y códigos penales, sin esfuerzo semántico. La legítima defensa acabó por hundir la esperanza de la humanidad, echó tierra a los Derechos Humanos y lo que consigo trae. Es legítimo defender las empresas, los capitales, la dignidad de los mandatarios, no tanto de las personas comunes, la dignidad de la nación, los programas de educación, es legítimo defender el cierre de un hospital o el bombardeo de una comunidad, es legítimo defender un juico por traición a la patria o por espionaje; en síntesis en legítima defensa todo es defendible.

Suena convincente declarar la guerra en nombre de la legítima defensa, es lo que en las últimas décadas supo emprender Estados Unidos u otros Estados como Israel, Rusia y, por si acaso, algunos países lati-

noamericanos. El desespero de la modernidad es que no sabe en dónde terminará el concepto que en casi todas las constituciones aparece con cursivas **legítima defensa**. Así ¿de cuáles Derechos Humanos se alardea?

Se ha hecho de la legítima defensa un paradigma al estilo del paradigma tecnológico-educativo. Un paradigma es una cosmovisión, es una constelación de significados y sentidos que traen consigo discursos y didácticas propias. Un paradigma se justifica por sí mismo; el paradigma de que la guerra aguza el ingenio y es la que más hace crecer la inteligencia sirve de consuelo a tontos.

Un paradigma intenta mostrar una realidad, indica la forma de actuar; por lo tanto, no es fortuito que estemos frente al paradigma de la legítima defensa para justificar los intervencionismos que no atienden exigencias éticas ni políticas de austeridad para engendrar violencia.

Visto es que legitimizar la defensa cubre de pena cualquier pensar y, aunque no todos los razonamientos son válidos, el de la legítima defensa, por burdo que parezca, se sobrepone a la invalidez que lo pueda rodear, ese sería un atroz comienzo de una posible "Teoría del pánico".

La legítima defensa se invoca por miedo o para provocar miedo, una histeria colectiva que hace creer necesaria cualquier incursión o restricción sobre el otro "¿Por qué ese silencio prolongado sobre el papel del miedo en la historia? Sin duda, a causa de una confusión mental ampliamente difundida entre miedo y cobardía, valor y temeridad" (Delumeau, 1898, 12). Se ha hecho del miedo una máquina infernal, un dispositivo para imponer religiones, para gobernar, para esclarecer delitos, para facilitar la servidumbre, para enseñar o, peor aún, para perpetuar la violencia y no dar espacio a la resistencia.

## La resistencia

Resistir es oponerse, bien a los cercos externos o bien a las elaboraciones internas, venidas de los esparcimientos psicológicos que no siempre se ajustan a los principios de proporcionalidad. La dignidad de la resistencia, más que un anhelo, es una necesidad.

Es evidente que la modernidad ha hecho resistencia, cuando no, inconsistencia. La resistencia se ha hecho más evidente en la ciudad, puesto que allí nos establece (Ezra 1999, 49) que "La ciudad es sobre todo un estado de ánimo, un conjunto de costumbres y tradiciones, de actitudes organizadas y de sentimientos inherentes a esas costumbres, que se transmiten mediante dicha tradición... es un producto de la naturaleza y, en particular, de la naturaleza humana". La ciudad, un recurso y producto humano es la que, en estos desesperos de moder-



nidad, más se encuentra en cuestión, tanto por sus resistencias como por sus apetencias a no seguir linealidad alguna; la pereza o fastidio a la ciudad sería el punto final de una época que llegó a creer en un posible mundo feliz dentro del amurallado ciudadano.

A la modernidad, aclaremos que son sus defensores o detractores, le vienen algunos espantos, carga sus propias resistencias; a sus historiadores les duele que no se les reconozca su pasado; a los ingenieros que se les niegue los adelantos tecnológicos; a los economicistas que no se les acepten los avances en los estándares de vida; a los políticos el fortalecimiento de la democracia; a los gobernantes el avance de la justicia y así podríamos hacer una lista interminable de los que piden ser nombrados, es decir, reconocidos.

En los imaginarios académicos, la modernidad es vista como la luz en relación con el Medioevo u oscurantismo; en la modernidad se consolida la organización del estado en sus tres poderes, ejecutivo, legislativo y judicial; a la modernidad le pertenece el siglo de las luces que, a los arrebatados franceses les enorgullece, sin apenarse que al endiosar a la razón hicieron rodar cientos de cabezas por sus lustrosas guillotinas. No es de olvidar que en la modernidad la imprenta cumple su cometido con el gran libro en la expansión del dogma; también se expandió la lectura y la democratización del saber; en ese período vuelven a florecer las artes pictóricas, poéticas, arquitectónicas, dancísticas, musicales y nace el cine como una expresión cultural para toda la sociedad que se apoya en la televisión y los medios computacionales de comunicación. Sean precisos o no estos detalles, el no valorar lo anterior es un cierre o, quizás una salida, poco digna; pero no apuntar o bajar la cabeza ante todas las ruinas que la modernidad ha dejado en el camino es ausencia de creatividad, por no indicar de lealtad con la humanidad.

Lo popular es otra forma de resistencia que no se logró consolidar, pero que sigue siendo esperanza, (García 1990, 252) "Los folcloristas hablan siempre de lo popular tradicional, los medios masivos de popularidad y los políticos de pueblo". Es evidente que estas denominaciones conducen a miradas centrifugas que permiten dispersar la resistencia. No es lo mismo tradicional, popularidad o pueblo y se conoce, no es de gran esfuerzo intelectual deducirlo, que los políticos si saben para que es el pueblo, los medios de comunicación y la popularidad, mientras educadores, científicos o filósofos aún persisten en discusiones bizantinas. Así es muy improbable ejercer una auténtica resistencia, cuando no, improductiva.

Soltar las amarras, descargar las maletas para permitir la levedad del ser y la no pesadez de la materia que no es liviantés, es una de las maneras de desnudar el control de sus certezas y absolutismos; una especie de resistencia inteligente.

## La ciencia en sus precariedades

La modernidad no logró redefinir la ciencia, por ello adquirió los males de las religiones monoteístas, se valen de decálogos, manuales y prescripciones, quieren ser universales, pretenden ser inmortales y, cómo no, participar en el ojo de Dios, sus narrativas son normativas y ordenadoras. Las escrituras de la ciencia se adaptaron a unos órdenes lineales e incluso alejados de los modelos literarios. La ciencia sin narrativas y su entorno árido de metáforas pierden sentido o interés no sólo para legos sino para los propios científicos, cual lo sugiere (Lyotard 1987, 25) "Lamentarse de la **pérdida del sentido** en la postmodernidad consiste en dolerse porque el saber ya no sea principalmente narrativo. Se trata de una inconsecuencia. Hay otra que no es menor, la de querer derivar o engendrar (por medio de operadores tales como el desarrollo, etc.) el saber científico a partir del saber narrativo, como si éste contuviera a aquél en estado embrionario". La resistencia de la ciencia a ser narrada, su exigencia a ser vista como dato, el no aceptar el humor dentro de sus relatos, el evadir la risa, esa pérdida de sentido discursivo, de legitimidad de los lenguajes es otro claro ejemplo de desesperos de una época desarraigada.

A no dudarlo, son precariedades de la ciencia todas las investigaciones que permitan comercializar con el cuerpo. Venta de órganos, reproducción de seres para probar supuestos adelantos biológicos, transmutaciones genéticas para crear razas superiores, alteraciones a las cadenas del ADN para dar vida a sujetos con unos rasgos de belleza exclusivos o la misma idea de estudiar el cerebro para luego controlarlo son muestras que la modernidad nos debe muchas explicaciones.

La política, la educación, la economía, la psicología, la telemática, la sociología, la salud, la estética, la ética y el derecho sí que tienen precariedades, pero claro que las tienen, al fin de cuentas ellas son ciencias en sí o para sí con ínfulas de universalidad. El derecho a la ciencia debe ser conquistado dijo Lyotard y, quizás, diremos aquí, desalojado de sus controles y teleologías mesiánicas.

Las conformaciones sociales, sus desenvolvimientos, sus movi­lidades no son bien comprendidas ni relatadas, pese a que el positivismo pug­nó por hacerlo al observar los acontecimientos sociales como cosas (Durkheim 184, 43) "La regla primera y más fundamental es considerar los hechos sociales como cosas". Este es el claro ejemplo de la positivización, de la necesidad de control y de desnaturalización, al pretender que los hechos sociales sean cosas. Tal vez, por ello entraron en crisis las investigaciones de las ciencias sociales, se apropiaron de mecanismos de la física, quisieron hacer leyes con algo que es móvil y más que móvil caótico. Al comprender los hechos sociales como cosas, permite congelar o aislar, entonces las explicaciones se ajustarán al

momento de la investigación, quedando el dato para la historia o para la crónica, porque no da cuenta del movimiento y el movimiento tiene la virtud de incluir el espacio-tiempo, incluye el presente y el probable futuro. Una de las grandes precariedades de la modernidad es creer que los hechos sociales fuesen tratados como objetos, lo que reduce el acto investigativo y, congela lo incongelable: la realidad.

Ante la pregunta ¿Qué aporta de positivo la ciencia para la vida práctica y personal?, responde (Weber, 2007, 77) "Lo que aporta son conocimientos sobre la técnica que, mediante el cálculo domina la vida, tanto las cosas externas como las acciones de los hombres..., aporta los métodos para pensar, sus instrumentos y sus aprendizajes..., y la claridad". Esta réplica no es menor, tampoco precisa de un profundo ejercicio hermenéutico, salta a la vista que en la ciencia reposan las llaves de la modernidad. Ahora, si no tenemos puertas al estilo tradicional sino otros modelos de acceso ¿para qué necesitamos llaves? El desánimo de la ciencia es que no todo puede dominarlo, que perdió las llaves de las puertas tradicionales y que muchas actividades se salen de sus ámbitos predictivos, su agujero negro es el caos.

Según los cánones, el método científico sólo puede usarse para probar lo que se puede repetir, aquello que no entra en lo controlable o en lo medible pasa a ser un problema para la ciencia, puesto que sus métodos no dan cuenta de la incertidumbre. Ese es el gran desespero de la modernidad, la ciencia moderna se entiende muy bien con aquello que se reproduce o reincide, por ello, desestima lo sensorial, lo intuitivo, lo mítico, lo metafórico y lo metafísico, con simple arrogancia, por no decir, ignorancia desecha lo que mueve sus bases.

## La inteligencia icónica

Hay, sin embargo, un saber icónico, una inteligencia que en el siglo XXI ha desaparecido otros lenguajes, es otro recelo de la modernidad, el empobrecimiento de los lenguajes pictóricos, escriturales y orales por el enriquecimiento de la imagen, del ícono; la dictadura de la imagen. Sin rodeos lo expone (Piscitelli 2002, 19) "Lo que la avalancha icónica promete, y exige, son nuevos modelos de generación, procesamiento y consumo de la información que podrían llegar a poner en cuestión las bases mismas del decurso racional". Se desprende de esta observación muchas suspicacias y hasta siendo veleidoso, preocupaciones mayores, pues no sólo el discurso racional tambalea, es el mismo concepto de sociedad que podría dar pie a un nuevo pensamiento y, como tal, a una nueva sociedad; aunque si de algo sirve, vale aclarar que siempre hemos estado frente a nuevos escenarios; por fortuna ni la política se restringe a los políticos, la imagen al lenguaje, ni la inteligencia a la tecnología.

Se infiere, entonces, que la inteligencia, sus productos y desarrollos son, ni más ni menos, otros de las grandes decepciones de ésta época que aún no clausuramos porque todo cambio a una nueva modernidad tiene una prolongada edad media. Si la inteligencia es la capacidad que tiene el cerebro para procesar y transitar con la información ¿Dónde y cuándo se empantanó la inteligencia en la modernidad? Tal vez, se empantanó con el concepto del control, del conocer para someter, para dominar; de ahí no se ha podido salir; el cuándo, es probable que desde el mismo momento que se decidió separar los objetos del tiempo y del espacio; al querer liberar su objeto de estudio, inició su propia condena.

La inteligencia icónica es el nuevo ojo de Dios y no olvidemos que si algo quiere parecerse a Dios desde ese momento todos los supuestos y ofertas pasan a ser sospechosos. Es como si a la inteligencia no se le pudiese desconectar del poder; incluso la inteligencia artificial — ¿Por qué artificial?—, es un ejercicio de poder, el ropaje de la inteligencia es el poder.

## Neoscurantismo

Si de nombrar se trata, neoscurantismo es una expresión que se ajusta a este primer decenio del siglo XXI. Coinciden demasiados aspectos, es como si continuáramos en una extendida edad media o en la larga noche de la edad media como lo expresa el profesor Julián Serna. Resurge un imperio que todo lo controla, un sabotaje de la información, un aprisionamiento de los Derechos Humanos, un florecimiento de guerras intestinas, un amodorramiento de la inteligencia, una reconfiguración y expansión de un pensamiento religioso-militar, una vuelta a la escolástica o creencia en la educación, una búsqueda de la verdad para consolidar determinados poderes, la aparición de manuales para evitar que la gente piense y sólo siga instrucciones, la creciente corrupción administrativa, la ausencia de solidaridad, la desesperanza aprendida que cierra a las juventudes, la indebida explotación de los recursos naturales, la continuidad de la lógica de que los pobres cada vez son más miserables y, por consiguiente, los imperios más poderosos, más ricos.

Habitar los neos es sospechar que se podrían repetir muchos eventos de otras épocas, algunos acontecimientos se reiteran por nostalgia, otros por necesidad y muchos se reviven por una presabida configuración del poder que se esconde en la retaguardia de toda resurrección.

El gran desespero del pososcurantismo es que la inteligencia ha servido para pensar contra sí misma y, claro, contra su gran impulsora: la modernidad. Los fines de la modernidad como los de la verdad no

parecen los mismos, fingiendo la primera ser una verdad para alcanzar sus fines y la segunda queriendo ser contemporánea con sus añejados miedos.

Si en algo nos reposa en una lujuria de desespero, no olvidemos que todo tiempo pasado fue anterior, jamás será posterior y que tener una conciencia limpia es un asunto de mala memoria o de una inteligencia selectiva, propia del neoscurantismo, cuyos agujeros disfrazan la mentira de verdad para cumplir sus fines.

*“Pero, así es el mundo, tiene la verdad muchas veces que disfrazarse de mentira para alcanzar sus fines”.*

*José Saramago*

## Bibliografía

- Arundel, Honor. (1965). *La libertad en el arte*. México: Editorial Grijalba.
- Bauman, Zygmunt. (2006). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo Cultura Económica.
- Beck, Ulrich. (2002). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: siglo XXI de España editores.
- Cassirer, Ernts. (1967). *Antropología filosófica*. México: Fondo de cultura económica. Original 1944.
- Chhaya, Mayank. (2009). *Dalai Lama. Una biografía autorizada*. Bogotá, D. C.: Grijalbo.
- Delumeau, Jean. (1989). *El miedo en occidente*. Madrid: Taurus.
- Durkheim, Emili. (1984). *Las reglas del método sociológico*. Madrid. Morata ediciones. Original 1895.
- Escobar, Navarro, Víctor. (2000). *Batatabati tinto*. Pereira: fondo editorial de Risaralda.
- Ezra Park, Robert. (1999). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones el serbal. Original 1952.
- García Canclini, Nestor. (1990). *Culturas híbridas*. México: Editorial Grijalbo.
- Gentili, Pablo. (2007). *Desencanto y utopía*. Buenos Aires: Homosapiens editores.
- González González, Miguel Alberto. (2009). *Horizontes Humanos: límites y paisajes*. 3ra edición. Manizales-Colombia: Editorial Universidad de Manizales.
- Guarín Jurado, Germán. (2004). *Razones para la racionalidad en horizonte de complejidad*. Manizales-Colombia: Editorial Universidad de Manizales.
- Honneth, Axel. (2009). *Patologías de la razón*. Madrid: Katz editores.
- Latour, Bruno. (2007). *Nunca fuimos modernos*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Liotard, Jean Francois. (1987). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Ediciones Cátedra S.A.
- Nietzsche, Friedrich. (2004). *La Gaya ciencia*. Buenos Aires: Ediciones libertador. Original 1882.
- Saramago, José. (2006). *Ensayo sobre la ceguera*. Bogotá. D. C.: De bolsillo. Original 1995.
- Piscitelli, Alejandro. (2002). *Ciberculturas 2.0*. Buenos Aires: Paidos.
- Sen, Amartya. (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Editorial planeta.
- Touraine, Alain. (1994). *Crítica a la modernidad*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Unamuno, Miguel de. (1985). *Del sentimiento Trágico de la vida*. Bogotá: Planeta Agostini. Original 1913.

Vattimo, Giani. (1987). El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna. Barcelona: Editorial Gedisa.

Vommaro, Gabriel y otros. (2007). La sociología ahora. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Weber, Max. (2007). La ciencia como profesión. La política como profesión. Madrid: Espasa Calpe. Original 1919.